

En Turin iniciará en hora tempestuosa, y bajo múltiples persecuciones, su magna obra de llevar almas de jóvenes obreros a Cristo. Funda primero los oratorios festivos de singular parecido con nuestras catequesis. «Al uno —cuenta él mismo— lo conducía junto a los padres de los que había huído; al otro, ocioso y vagabundo le daba trabajo; algunos recién salidos de la cárcel, se tornaban modelos de camaradas, y los ignorantes se instruían en la religión».

Mientras completa sus estudios se dedica, incansable, a visitar cárceles y hospitales.

Más tarde, la gente le pregunta: «¿Es un loco acaso ese sacerdote extravagante que se rodea de pilletes?»

Este año celebramos la inauguración de la primera de sus escuelas.

Hugo Wast, de quién son estas líneas, se pregunta: «¿Cuál de los héroes de la Historia Universal ha vencido más dificultades para juntar sus primeros muchachos y darles lecciones gratuitas, pues todo en su larga vida lo hizo gratis para los pobres»? Enredado en deudas primero, manejará millones después sin que su corazón se apegue a ellos, pues sólo arde de amor a la juventud.

Conversará con condes y marqueses, ministros y reyes, obispos y papas, sin que les hable de otra cosa que de sus «biricchini». Así no extrañe a nadie que contagiara su fuego a otros sacerdotes y aun a sus propios alumnos, como Domingo Savio, muerto en santidad.

Su obra, aprobada por Pío IX, se hace sospechosa del gobierno de Cavour.

Leerá de tal modo en las almas de los jóvenes que se le acercarán, confiados, ganados por su inextinguible sonrisa, y hasta los encarcelados cumplirán su palabra cuando Don Bosco les saca de excursión.

Su pedagogía es tan sencilla como eficaz, pues con comparaciones, parábolas y fábulas se fijan más en la distraída mente de la juventud las enseñanzas evangélicas y les aguarda después incansable en el confesionario.

Hace portentosos milagros, y quizás uno de sus últimos sueños sea la realidad de legiones de misioneros salvando almas en la incógnita Patagonia tierra de América latina, no sin antes haber extendido numerosas comunidades por Europa, y más especialmente por nuestra España.

En sus últimos años, aunque llenos de sacrificios y dolores, son los más felices de su vida; visita Barcelona, admirándola desde la cumbre del Tibidabo.

Así presente su lin, dando su postrer consejo a sus colaboradores: «Decid a mis jóvenes que les espero a todos en el cielo».

A él subió a los 73 años. «El buen obrero ha abandonado sus herramientas, dejando la viña y entrado en la casa del Padre». Pasó su existencia en el apostolado. Intentemos imitarle.

J. VIÑALLONGA

No queremos en nuestra Juventud espíritus mezquinos, que se limitan a su tiempo y a su espacio. Queremos espíritus generosos que miren los seres y las tierras con ojos de eternidad e inmensidad.